

Una conmovedora novela sobre el prisionero
que documentó el horror nazi.



**EL FOTÓGRAFO DE
AUSCHWITZ**

LUCA CRIPPA Y MAURIZIO ONNIS


ESPASA

LUCA CRIPPA Y MAURIZIO ONNIS

EL FOTÓGRAFO DE AUSCHWITZ

Traducción de Clara Ferri


ESPASA

Título original: *Il fotografo di Auschwitz*

© 2014 por Mondadori Libri S.P.A. bajo el sello de Piemme, Milano

Por mediación de Ute Körner Literary Agent

www.uklitag.com

© por la traducción, Clara Ferri, 2024

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2024

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

© de las fotografías del interior:

Fotografías 1 y 2 (se desconoce el propietario del derecho)

Fotografía 3 (BARTEK WRZESNIEWSKI/AFP/Getty Images)

Fotografías 4, 5, 6, 7, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 27
(Archives of Auschwitz-Birkenau State Museum in Oświęcim)

Fotografías 8, 9, 10, 11, 12, 26, 28, 29 (amable cesión de Yad Vashem
Archives)

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-670-7282-2

Depósito legal: B. 2.091-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

—¡Así, no te muevas! Bien... ¡No levantes demasiado el mentón! ¡No te muevas! ¡Listo!

El obturador disparó y la imagen del prisionero fue capturada en el gran negativo de seis por doce centímetros. Luego Brasse se acercó a la silla. El prisionero se hizo instintivamente para atrás, como si temiera que lo fuera a golpear, pero él lo tranquilizó.

—No te asustes. Solo quiero arreglar un detalle.

Y le ajustó el cuello de la chaqueta del uniforme, uno de los botones estaba medio abierto.

Cuando retrocedió, miró de nuevo en el visor.

—Quítate el sombrero y mira directamente hacia el objetivo. No parpadees, no sonrías. No hagas muecas, por favor. ¿Por qué esa cara?

El prisionero no lograba estarse quieto, ni siquiera durante los pocos segundos necesarios para ser retratado. Era un polaco y contestó a la pregunta de Brasse en su lengua madre.

—Me duele la espalda. Mucho.

También el *Kapo* que lo había llevado allí era un po-

laco. Se acercó a la silla giratoria y le asestó una bofetada.

—Ponte derecho y haz lo que te dice el señor fotógrafo. ¡Aquí solo tienes que obedecer!

Brasse le lanzó una mirada de reproche al *Kapo*. Nunca lo había visto antes y no sabía de qué bloque provenía, pero no le tenía miedo. Allí era él quien mandaba, sobre todo cuando había que tratar con los «clientes», y no quería que los prisioneros fueran maltratados.

—¡*Kapo*, no vuelvas a golpearlo! ¡No en mi estudio! ¿Me has entendido?

El hombre masculló una maldición y volvió a apoyarse en la pared.

—De acuerdo, ya me las veré después con esta rata asquerosa.

Brasse le repitió al prisionero que no se moviera y el hombre por fin miró fijamente al objetivo, la frente sin fruncir, los ojos muy abiertos, el cuello tenso por el esfuerzo de mantener la pose; el fotógrafo disparó.

Cuando volvió a levantar la mirada, el prisionero estaba en la misma posición en la que lo había visto a través del visor, inmóvil, perdido en sus pensamientos. Le había costado tanto concentrarse en posar, y ahora no era capaz de volver a la realidad. Brasse lo observó. Sus ojos, siempre desorbitados, parecían grandes, inmensos en aquel rostro demacrado; y brillantes, tan brillantes —en el momento en que se había olvidado de por qué estaba allí— como para conferir esplendor al resto de la cara y a toda su persona. Como

si al fondo de esos ojos aún hubiera una llama tenaz y decidida a no apagarse.

Fue él quien lo sacó del hechizo.

Estiró el brazo y tiró de una palanca que se encontraba a uno de los lados del banco fotográfico. De inmediato la silla del prisionero giró noventa grados, permitiéndole encuadrarlo de perfil. Pero cuando miró a través del visor reparó en que el hombre, de pronto despabilado por el giro, estaba demasiado arriba. Otra palanca le permitió bajar un poco la silla y, finalmente, la nuca del deportado se halló a la altura correcta.

—No te vuelvas a poner el sombrero y observa el muro frente a ti...

El hombre obedeció y el fotógrafo pudo hacer la última toma.

Con esa fotografía, el trabajo había acabado.

—Bien, ya te puedes ir...

—¡Adelante, camina! —le gritó el *Kapo*, y el hombre se levantó, con la mirada decepcionada, deseoso de saborear un poco más el descanso que le había concedido la sesión fotográfica.

No quería volver fuera, al frío. Quería seguir allí dentro, donde hacía un calor muy agradable. Pero no pudo. Otro prisionero debía tomar su lugar y la fila ya se hacinaba fuera de la habitación. Brasse echó un vistazo al otro lado y vio al menos unos veinte individuos. Estaban de pie, no hablaban, miraban sin moverse delante de ellos. No se atrevían a infringir la regla que les imponía silencio absoluto. Y cuando uno,

tal vez el tercero de la fila, se atrevió a sorberse los mocos, el *Kapo* estalló.

—¡Bastardo! ¡Animal asqueroso! ¡Escoria judía!

Empezó a propinarle puñetazos y patadas, primero en el cuerpo y luego en la cabeza, mientras el otro se doblaba en el suelo en absoluto silencio y trataba de protegerse la cabeza con brazos y manos. No pudo evitar que se le escapara un gemido en voz baja, casi en un susurro, pero fue suficiente para que el *Kapo* perdiera aún más los estribos, mientras los demás se apartaban aterrorizados. Había que detenerlo, si no, lo mataría.

—¡Lo quiero a él, ahora!

Brasse señaló al deportado y el *Kapo* tuvo que detenerse. Jadeaba y estaba lleno de rabia.

—¿Por qué justo él? No es su turno...

El fotógrafo tomó al *Kapo* de un brazo y lo apartó un par de metros del grupo. Le habló con tono amable pero inamovible; no quería enemistarse con él. Y dejó pasar a través de las palabras una leve amenaza.

—¿Acaso no recibiste la orden de traer aquí a los hombres de tu *Kommando* para fotografiarlos?

—Así es.

—Y ¿sobre quién va a recaer la responsabilidad si no tomamos las fotos?

El *Kapo* lo miró fijamente un momento, apretando los puños. Se veía que se moría de ganas de golpearlo a él también; al fin y al cabo, el fotógrafo era un simple deportado, un piojo. Luego se contuvo y gruñó:

—¿Qué quieres decir?

Brasse trató de ser aún más amable.

—Me dieron la orden de fotografiar solo a prisioneros en buen estado. Las tomas deben ser limpias. No quiero caras golpeadas, ojos morados, huesos quebrados. No quiero prisioneros sufriendo. A mi jefe ese tipo de cosas no le gustan. ¿Está claro?

El *Kapo* apretó los labios. Había entendido, estaba claro. Incluso trató de relajar el rostro con una sonrisa.

—No le vas a contar a tu jefe este pequeño accidente, ¿verdad?

Brasse negó con la cabeza, tranquilizándolo.

—Yo no diré nada. Pero ahora fotografiemos a ese hombre antes de que en su rostro aparezcan los moratones. ¿A qué *Kommando* pertenecen?

—Estamos en los garajes del campo. Y estos animales se lo toman con calma. Se están acostumbrando bien, tienen demasiadas comodidades.

Resopló, como si pensara que él era el único capaz de restablecer la disciplina en Auschwitz, y, con un bramido, ordenó al prisionero que entrara en el estudio y se sentara en la silla giratoria.

Primera toma de tres cuartos, con el gorro en la cabeza.

Segunda toma de frente, sin gorro.

Tercera toma de perfil, también sin gorro.

Después de cada retrato, mientras Brasse se encargaba del encuadre, Tadek Brodka sacaba de la Zeiss el pesado casete que contenía el negativo y lo cambiaba por otro. Finalmente, Stanisław Trałka acercaba el letrero de identificación al prisionero para que apare-

ciera en la tercera imagen; él era quien componía esos letreros, en los que se indicaba de dónde era originario el deportado, cuál era su número de identificación y por qué se encontraba en Auschwitz. Así fue como Brasse se enteró de que el deportado a quien el *Kapo* había golpeado era Pol S., un preso político proveniente de Eslovenia, y que su número de identificación era 9835. Calculó que había llegado al campo de concentración unos meses después de él.

Cuando terminó y con un movimiento de la cabeza le dio a entender que podía irse, captó en sus ojos un mudo agradecimiento. El prisionero sabía que Brasse lo había salvado de un castigo aún más duro, pero el fotógrafo agachó la cabeza y no le devolvió la mirada. Al intervenir había querido ahorrarle golpes aún peores y sabía muy bien que, de haberlo mandado a su barracón sin retratarlo, habría quedado un hueco en los registros que quizá nunca se hubiera podido rellenar: noventa de cada cien veces los prisioneros no regresaban a una nueva sesión. Los mataban en el ínterin.

Sin embargo, pensaba también en sí mismo. Nadie sabía qué pasaba por la cabeza de los alemanes y no se habría sorprendido si le hubieran echado la culpa a él por las fotos no tomadas. Quería que todo saliera bien.

Mientras el *Kapo* de los garajes empujaba hacia la silla giratoria al siguiente deportado, Brasse levantó la mirada hacia el reloj de cucú con el que los alemanes habían adornado el estudio. Advirtió que casi era mediodía, dentro de poco el pajarito saldría de su

puerta para cantar. Aquel sonido lo irritaba, porque siempre lo distraía cuando estaba concentrado, pero no se atrevía a pedir que le quitaran el cucú. A Bernhard Walter le parecía divertido, y eso bastaba. Pasó otro minuto, el pajarito cantó, él sintió una fuerte punzada en el estómago provocada por el hambre y regresó al objetivo. En ese momento entró Franz Maltz, el *Kapo* del estudio fotográfico. Brasse lo saludó con extrema cortesía.

—Bienvenido otra vez, *Kapo*. ¿Hace buen tiempo esta mañana?

Maltz se sacudió, para quitarse de encima la escarcha, y se acercó a la estufa, cubriéndola con su gran trasero.

—Piensa en tu trabajo, polaco, y no te preocupes por mí.

Brasse no contestó y bajó la vista para mirar por el visor de la Zeiss.

Nadie sabía dónde pasaba el *Kapo* la mayor parte de su tiempo. Claro que no entendía nada de fotografía y como mucho podía hacer alguna copia en el cuarto oscuro. El motivo por el que lo habían nombrado *Kapo* del Servicio de Identificación era un misterio, pero nadie se atrevía a preguntarle al respecto. Era su superior directo, así que no había nada más que añadir. Y Brasse ya se había acostumbrado a oírlo jadear detrás de sí, pegado a la estufa, mientras él se ocupaba de los encuadres.

Ahora era un joven quien estaba sentado en la silla. No debía de tener más de dieciocho años y, al ob-

servarlo a través del visor, Brasse sintió que el corazón le daba un vuelco. Llevaba en el pecho el triángulo amarillo, encima del cual estaba zurcido el triángulo rojo, formando la estrella de David: era judío y seguro que no viviría por mucho tiempo. Pero no era eso lo que hizo que el fotógrafo se compadeciese de él. Fue su mirada lo que le impactó. El muchacho tenía unos ojos claros, limpios, los ojos confiados de quien acaba de salir de la pubertad. Las pestañas largas, casi femeninas, y las pecas le conferían un aspecto amable. No tenía nada de vello en las mejillas ni en el mentón. Brasse estaba seguro de que de sus labios jamás había salido un insulto. Moriría invocando a su madre y mirando fijamente a sus verdugos, asombrado, sin entender por qué lo mataban. No le quedaban más que un par de semanas de vida. Trabajo, frío, hambre y golpes, solo era cuestión de tiempo.

Tan pronto como hizo la tercera toma, la de perfil, oyó a Maltz gritar: «*Weg!*». En alemán era la orden de largarse, de esfumarse.

El joven provenía de Francia y seguro que no entendía el alemán, pero comprendió el tono de esa orden apresurada y trató de levantarse de la silla giratoria lo más deprisa posible.

No fue suficiente.

Aún no había puesto los pies en el suelo cuando el *Kapo*, con un movimiento repentino, empujó la palanca que había a un lado del banco fotográfico y la silla giró hasta volver rápidamente a la posición frontal. Como si fuera un muñeco dotado con un muelle,

el joven saltó y fue catapultado al suelo, golpeándose la cara contra el borde de la plataforma que sostenía la Zeiss.

Por un momento se quedó inmóvil en el suelo y Brasse sintió el impulso de ayudarlo. Pero tal cosa no le estaba permitida, se metería en un lío. Entonces, mientras Maltz se reía como loco, el judío se levantó solo, con un gran esfuerzo. Cuando estuvo de pie, escupió un diente y su *Kapo*, también entre risas, lo empujó hacia fuera. Nunca había visto ese juegucito y se divertía mucho.

—¡Qué divertido! ¿Lo hacemos otra vez?

Maltz, que de tanto reír se le doblaban las rodillas, contestó con dificultad:

—¿Has visto qué cara ha puesto? ¡Me muero de la risa! Se quedan tan sorprendidos... Oh, Dios, qué cara tenía. Se quedan muy sorprendidos. ¡Sí, hagámoslo otra vez!

Así que la silla giratoria tiró al suelo a otros tres prisioneros.

Uno de ellos, un anciano, se rompió un brazo. Gritaba en el suelo de dolor y de miedo. De dolor porque su brazo se había doblado de manera antinatural y el hueso casi sobresalía de la carne. Y de miedo porque comprendió que ese incidente marcaba su fin. Se leía en su cara que lo entendía. Del estudio fotográfico pasaría directamente al hospital y de allí al crematorio. Nadie tenía interés en curar y alimentar a un anciano. Cuanto antes lo quitaran de en medio, mejor para todos. Y toda la escena —el brazo destrozado, el miedo

en los ojos del viejo, el caos que se apoderó del estudio— había provocado la máxima hilaridad de los dos *Kapos*. Solo dejaron de reír después de varios minutos.

Entonces Maltz regresó a su acostumbrado ceño fruncido. Se había desahogado mucho y ya no tenía ganas de bromear. Se estiró un par de veces. Luego bostezó.

—Voy a la tienda a comprar algo de comer. ¿Queréis alguna cosa?

Y se rio socarronamente, sabiendo que Brasse y sus compañeros no tenían marcos para gastar en la tienda.

Entonces los dejó solos, lidiando con los prisioneros.

Brasse miró el cucú. Era casi la una. La punzada del hambre se hizo más fuerte, pero tenía que aguantarse.

Aún le quedaban muchas horas de trabajo por delante.